

# Al encuentro con el legado de los mártires de la UCA

---

**Jon Sobrino**  
**Centro Monseñor Romero**  
**San Salvador, El Salvador**

Salir “al encuentro del legado de los mártires” de la UCA significa *comprender* bien ese legado *hoy* y, con sencillez y decisión, *ponerlo en práctica*, de modo que pueda ser útil para todos, en particular, para quienes no los conocieron, y especialmente, para los *más jóvenes*.

Por *legado* no entiendo una *herencia*, bien o mal adquirida, que pasa de padres a hijos, sino algo de entidad propia e importante que nos ha sido entregado. En este sentido, los “legados” no aparecen a voluntad, ni calculadamente; pero cuando aparecen, sin darle muchas vueltas al asunto, traen consigo la exigencia de poner a producir su contenido y que este a su vez sea transmitido. A esta convicción llegué hace treinta años. Antes de abordar el tema del “legado”, me parece oportuno recordar mi experiencia del 16 de noviembre de 1989 y quiénes fueron los mártires de la UCA.

## I

El 8 de noviembre, viajé a Tailandia para impartir un curso de cristología a los misioneros y misioneras, en expresión de la época, que trabajaban en los países del este y del sudeste asiático. A partir del 13 de noviembre, estuve en una casa de retiro, junto a una preciosa playa, en Hua Hin, a 200 kilómetros de Bangkok.

El 16 de noviembre, a las doce de la noche en Tailandia, un gran amigo me llamó por teléfono desde Londres y me dio la noticia: seis jesuitas de la UCA, todos miembros de mi comunidad, una colaboradora, Julia Elba, y su hija Celina, habían sido asesinados. Me quedé vacío por dentro.

Ese día, en clase, había hablado sobre la muerte en cruz de Jesús de Nazaret. Aunque la cruz me afecta, en esos momentos no tenía, ni lejanamente, el peso de la noticia que me acababan de comunicar. Bajé a la playa y empecé a caminar. A unos pocos metros, en silencio, me acompañaba un compañero. De pronto, me preguntó: “Jon, ¿por qué crees que no te ha tocado a ti?”. Sin pensarlo, se me ocurrió decir: “Se ve que no soy digno”.

Después de caminar un buen rato, me acosté. A la mañana siguiente, fui a la eucaristía, que había preparado el grupo. Recuerdo que el altar estaba hecho con flores bellamente dispuestas sobre el suelo. Durante la eucaristía, no dije nada. Al final, con gran respeto, varios me preguntaron si quería decir algo. Y sí quería. Dije exactamente estas palabras: “Tengo una mala noticia que darles: han matado a toda mi familia. Y tengo una buena noticia que darles: he vivido con gente buena”.

Antes de abandonar Tailandia, había aceptado algunos compromisos en lugares cercanos a Hua Hin. A pesar de mi estado de ánimo, decidí cumplir con ellos. En los viajes para ir de un lugar a otro, el motorista que me llevaba era un joven nativo, que se había convertido al cristianismo hacía poco tiempo. Un día, me preguntó con voz incrédula: “Y en su país, ¿hay católicos bautizados que matan a sacerdotes?”. Más se hubiese estremecido si hubiera sabido que bautizados fueron quienes en 1980 asesinaron a un arzobispo, Monseñor Romero, y que esa noche, en la colonia San Benito, habitada por gente rica, brindaron con champán y dispararon al aire sus pistolas, remedando la alegría de los cohetes de las fiestas de los pueblos.

## II

Para comprender el legado de los mártires de la UCA, es útil saber quiénes fueron. Me refiero a ellos con agradecimiento por lo que fueron e hicieron, y por haberse dejado matar. Y lo hago con la convicción de que es vital mantenerlos vivos, de que sería fatal diluirlos y peor aún dejarlos morir. Escribir y hablar sobre mártires es una sagrada obligación.

*A todo ser humano*, los mártires, ellos y ellas, lo confrontan consigo mismo, sin escapatoria, le iluminan las realidades más profundas de su mundo, lo empujan a lo que hay que hacer y lo disuaden de lo que no hay que hacer. Tenemos que enfrentarnos a los ídolos, que exigen víctimas en el tercer mundo, aunque sus raíces más hondas están en el primero. Y tenemos que trabajar por revertir la historia y salvar así a un mundo que está en trance de muerte.

*A quienes, además, somos cristianos*, los mártires nos señalan, mejor que nada y sin temor a equivocarnos, el camino que hay que recorrer en la vida. Son los que más nos empujan al seguimiento de Jesús de Nazaret y los que mejor nos introducen en el misterio de su Dios.

*Y a quienes somos jesuitas compañeros suyos, sobre todo, a quienes convivimos en comunidad con ellos durante años y a quienes trabajamos con ellos en la UCA, sin decir palabra, nos exigen mantener lo fundamental de lo que hicieron. A medida que pasan los años, ya son treinta, se nos exige ser creativos en el modo de hacerlo. Y, ciertamente, se nos prohíbe desentendernos de su legado.*

Para hablar en un contexto hasta cierto punto universal, comienzo recordando cuál fue la reacción *ante sus asesinatos* de tres personas bien conocidas. Una es el padre Arrupe. Cuando los mataron, estaba ya en cama, prácticamente sin poder pronunciar palabra, ni comunicarse. Cuenta el enfermero que, al darle la noticia, “el padre Arrupe se echó a llorar”. Era todo lo que podía hacer.

La segunda persona es Noam Chomsky, conocido intelectual y profeta, agnóstico honrado, lindando con lo creyente. Al cumplir 80 años, un periodista de *El País* le preguntó qué le daba fuerza, a su avanzada edad, para continuar en la lucha. “Imágenes como esa”, respondió, y apuntó a un cuadro que tenía a sus espaldas, en la pared de su oficina, en el cual aparecen Mons. Romero y los seis jesuitas de la UCA.

La tercera persona es Román Mayorga, salvadoreño, laico, buen cristiano, antiguo rector de la UCA y miembro durante dos meses y medio de la Junta de gobierno de 1979, cuando hubo una muy leve esperanza de dar pasos positivos. No dio frutos y Román tuvo que abandonar el país. Años más tarde, escribió un pequeño libro, *Recuerdo de diez quiijotes*, en el cual recuerda a diez amigos de aquella época, que murieron pronto, entre ellos, los *seis quiijotes de la UCA*, asesinados en 1989. A estos seis jesuitas, los tuvo por amigos muy cercanos y por quiijotes muy ilustrados. Por cierto, hablando con Román de su libro, le dije que Mons. Romero había sido padre y maestro de quiijotes.

Estos seres humanos tocan las fibras más hondas de cualquier persona honrada, y son un referente vivificante. Lo son, obviamente, los seis jesuitas. Y lo son Julia Elba y Celina, aunque, al hablar de ellas, parece que la lengua se nos pega al paladar y nos es difícil hablar. Tan insultante fue la iniquidad.

*Comencemos con los seis jesuitas.* Como grupo, alrededor de Medellín (1968) y de los ejercicios espirituales de la Provincia Centroamericana de 1969, cambiaron mucho, tocados por el sufrimiento del pueblo, la injusticia y también por los fallos históricos de los jesuitas centroamericanos. Bien podemos decir que “se convirtieron”, tal como lo exigía la realidad y tal como nos pidió la Congregación General XXXII. Ser jesuita es “reconocerse pecador” y “luchar por la fe”, y más incisivamente, “luchar por la justicia”. No solo “trabajar”, sino “luchar”. Su muerte confirmó lo que la misma congregación había previsto lúcidamente: “No trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio”.

Los mártires de la UCA lo hicieron, cada uno según su talento, su temperamento y sus limitaciones, y es bueno recordarlo e insistir en ello, para que *todos*, sea cual fuere nuestro talento, nuestro temperamento y nuestras limitaciones, nos podamos sentir cuestionados y animados por ellos. Y de igual modo, los que siguen a mi generación. Conviene, pues, volver a detallar, mínimamente, a cada uno de los seis jesuitas de la UCA con sus características propias.

*Ignacio Ellacuría*, 59 años, filósofo y teólogo, *rector de universidad* y responsable de la formación de los jesuitas jóvenes. Repensó la universidad desde y para los pueblos crucificados. En sus últimos años, dedicó mucho tiempo a pensar cómo eliminar *el pecado extendido por todo el mundo* y a pensar *una civilización humana universal*.

*Segundo Montes*, 56 años, sociólogo, fundador del *Instituto de Derechos Humanos de la UCA*. Se concentró en el drama de los refugiados dentro del país, y sobre todo, de quienes lo abandonaban, los emigrantes. Se responsabilizó pastoralmente de la parroquia de la colonia Quezaltepec (Santa Tecla).

*Ignacio Martín-Baró*, 44 años, psicólogo social, pionero de la psicología de la liberación, fundador del *Instituto Universitario de Opinión Pública* de la UCA. Cada fin de semana, visitaba comunidades suburbanas y campesinas para celebrar la eucaristía.

*Juan Ramón Moreno*, 56 años, profesor de teología, maestro de novicios y maestro del espíritu. Fundó la revista de teología espiritual *Diakonía*. Se le llamó *apóstol de religiosos y religiosas*.

*Amando López*, 53 años, profesor de teología, *antiguo rector del seminario de San Salvador y de la UCA de Managua*. En ambos lugares defendió a los perseguidos por los regímenes criminales, a veces escondiéndolos en su propia habitación.

Por último, *Joaquín López y López*, 71 años, el único salvadoreño de nacimiento, hombre sencillo y de talante popular. Trabajó en el Colegio Externado de San José de San Salvador. Y después, se movió para conseguir terrenos para edificar la UCA. En 1965, fue su primer secretario. Luego, fundó *Fe y Alegría*.

Visto desde lo exterior, en estos seis jesuitas encontramos dos cosas en común. Por un lado, *fundar y mantener realidades institucionales*, y por otro, *cercanía pastoral a los pobres los fines de semana...* Fueron también *muy distintos*, e insisto en ello, para que nadie pueda pensar que los mártires de la UCA imponen un modelo concreto y único a imitar.

### III

Además de lo común ya mencionado, pienso que sí tuvieron *algo profundo en común*, en lo fundamental de sus vidas. Y en ello se expresa *su legado*

*fundamental*. Me voy a fijar en cuatro coincidencias: *el seguimiento de Jesús, con el espíritu de san Ignacio, viviendo en comunidad* y previendo y aceptando que vivir de esa manera les podía llevar a *la persecución y al martirio*, lo que aceptaron con normalidad y sin aspaviento.

Vistos así, en ellos podemos mirarnos, para saber cuál es su legado y para saber —indudablemente, no solo los jesuitas— lo que debemos ser y hacer.

*Seguidores de Jesús*. Los seis jesuitas reprodujeron *en forma real*, no solo intencional o devocionalmente, la vida de Jesús. “Su mirada se dirigió a los pobres reales”, a aquellos que viven y mueren sometidos a la opresión de la injusticia, la pobreza, el hambre, el desprecio; y a aquellos que sufren la represión por asesinato, tortura y desaparición forzada. En pocas palabras, miraron a quienes no dan la vida, ni la salud, ni la educación por supuesta, carencias muchas veces acompañadas de gran crueldad.

“Se movieron a compasión, e hicieron milagros, cosas que parecían imposibles”, poniendo todas sus capacidades, conocimientos, ciencia, talentos, tiempo, trabajo y descanso al servicio de la verdad y la justicia.

También “expulsaron demonios”, al menos lucharon contra ellos. Ciertamente, lucharon contra los demonios de fuera, los opresores, los oligarcas, los gobiernos y las fuerzas armadas. De esos demonios, “defendieron a los pobres”. Asimismo, lucharon contra algunos demonios de dentro —jerarcas eclesiásticos y religiosos, también de la Compañía.

No les faltaron modelos de ese legado, Rutilio Grande y Mons. Romero.

*Con el espíritu de san Ignacio*. En este punto me voy a detener un poco más, pues en mi percepción, otros podrán opinar de otra manera, hoy existe un *ignacianismo* excesivo, que puede traer bienes, pero puede también devaluar el legado más profundo de san Ignacio. Con facilidad se usa el adjetivo *ignaciano*, *ignaciana*, y se habla así de espiritualidad ignaciana, psicología ignaciana, sociología ignaciana, discernimiento ignaciano, educación ignaciana, retiros ignacianos, administración ignaciana, etc. Y la tendencia parece ir a más, no a menos. A veces se hace con sencillez, pero a veces, esa adjetivación connota *subjetivamente* un aire de superioridad, que no hace ningún bien. *Objetivamente*, aunque suene paradójico, puede reducir el vigor, el *pondus*, de cosas importantes y *reales* de san Ignacio, ciertamente, *la pobreza*. Algo parecido, y pienso que más burdamente, solía suceder con la adjetivación *jesuíta* y *jesuítico*.

En mi opinión, los seis jesuitas tomaron en serio a san Ignacio, y en lo fundamental, no cayeron en los excesos criticados. Ellacuría, como ya hemos visto, hizo una relectura de los *Ejercicios* de san Ignacio, desde la realidad del tercer mundo. Y de Juan Ramón Moreno acaba de salir un estupendo libro sobre los ejercicios que dio a unas religiosas en Panamá.

Tres cosas de san Ignacio tuvieron presentes. Las tres tienen gran actualidad como presupuestos ignacianos *eficaces*, sobre todo, en la opción por los pobres y en la lucha por la justicia: (a) mirar la realidad de nuestro mundo y captarla como “pueblos que están crucificados”. Ante ellos, la reacción fundamental, sin necesidad de discernimiento, es “hacer redención”; (b) ser honrados con nosotros mismos y preguntarnos “qué hemos hecho para que esos pueblos estén crucificados y qué vamos a hacer para bajarlos de la cruz”; y (c) tomar en serio la decisión de caminar “en pobreza contra riqueza”, quizás lo más difícil y lo menos frecuente.

Según san Ignacio, hay dos modos de caminar en la vida y de construir la sociedad, la Iglesia, la universidad... Son caminos *dialécticos*, opuestos, y *duélicos*, es decir, que están en pugna. Uno es el *camino de la pobreza*, que lleva a oprobios y menosprecios, hoy diríamos, a humillaciones y difamaciones; y de ahí, a la humildad, a la hondura de lo humano y a la verdadera vida. El otro es el *camino de la riqueza*, que lleva a los honores mundanos y vanos, hoy diríamos, al prestigio entre los grandes de este mundo; y de ahí, a la arrogancia y a una vida falseada, personal e institucionalmente. En conclusión, un camino conduce a la salvación, la humanización, y el otro, a la perdición, la deshumanización. Lo que aquí está en juego es el ganar o el perder la vida, como decía Jesús. Y también está en juego la disposición a pagar un precio. Esto es lo que dice san Ignacio en la meditación de las dos banderas —y pienso que con frecuencia no se le da la debida importancia.

Ignacio Ellacuría sí lo tomó absolutamente en serio. Insistía en que hay que elegir entre *una civilización de la pobreza, más afín a una civilización del trabajo*, y *una civilización de la riqueza, más afín a una civilización del capital*. Esta, que predomina en el mundo, ha generado una civilización gravemente enferma. Aquella otra, la que hay que construir, puede revertir la historia y sanar la civilización. De esto ya hemos hablado ampliamente en otras ocasiones.

Estos tres puntos: *pueblo crucificado, praxis de liberación y camino en pobreza*, más la honradez con nosotros mismos, son, en mi opinión, lo que más aparece en *la ignacianidad de los mártires de la UCA* y lo que mejor explica por qué acabaron como acabaron. En la tradición de san Ignacio, ciertamente, hay otras muchas cosas importantes a tener en cuenta: el “*magis*”, “la mayor gloria de Dios”, “en todo, amar y servir”, “el bien, cuanto más universal, más divino”, etc. Todo lo cual hoy se proclama con frecuencia. No dudo de que en la mente de san Ignacio, estas expresiones ofrecen utopías para ser hechas realidad. Pero pienso también que en la actual explosión ambiental de ignacianismo, se suelen mencionar sin suficiente recato y pudor, como si nos apuntásemos con facilidad a vivir, o al menos a procurar vivir en serio, esas utopías.

*En comunidad.* Estos jesuitas “vivieron y murieron en comunidad”. Pudo no haber sido así. El “vivir” lo hizo posible su trabajo en la UCA. El “morir” lo causó la aberración de los criminales. Teóricamente, era suficiente acabar con Ellacuría. “En comunidad” había sido su vida y su trabajo, con alegrías y tensiones, con virtudes y defectos. La comunidad estaba hecha de “todos”. Era un “cuerpo”, no una suma de individuos, algunos de ellos geniales, otros más normales, todos valiosos.

En este contexto de la comunidad, me parece oportuno recordar un hecho singular. Los mártires de la UCA, pienso, nunca discernieron comunitaria o públicamente si era voluntad de Dios permanecer en el país, con riesgos, amenazas y persecuciones, o abandonarlo. Al menos no se les ocurrió pensar en serio la posibilidad de irse. Y poco antes del 16 de noviembre, el padre Peter-Hans Kolvenbach, el superior general de los jesuitas, visitó a la comunidad y les preguntó: “¿Han pensado si no sería mejor abandonar el país y trabajar por El Salvador desde fuera?”. La respuesta no dejó lugar a dudas. “Usted vivió en el Líbano en tiempo de gran violencia y persecuciones. Y se quedó”.

Para encontrar cuánto de *explícitamente ignaciano* había en ese modo de proceder, hay que ir a los *Ejercicios espirituales*, al primer tiempo de hacer elección. Dice san Ignacio que en ese primer tiempo, la persona actúa “*sin dubitar ni poder dubitar*”, sin dudar ni poder dudar (175). Y esto ocurre cuando “Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad”. En el caso de los mártires de la UCA, no soy quién para decir cómo aconteció su decisión de no abandonar el país, si en una experiencia personal de Dios, tal como la formulan los *Ejercicios*, o por experiencias humanas, que los llevaron a quedarse, “sin dubitar ni poder dubitar”.

Pensando en mi propia experiencia, estas pudieran ser las razones para no abandonar el país y para quedarse sin grandes dudas: “un sufrimiento del pueblo tal, que da vergüenza abandonarlo”, “el recuerdo enriquecedor de Mons. Romero, de nueve sacerdotes y cuatro religiosas asesinadas”, “la fuerza cohesionadora de la comunidad”, e incluso el “haberse acostumbrado a la persecución”. En mi caso, quisiera añadir con sencillez que enseñar cristología, hablar del camino de Jesús a Jerusalén y de ser matado en cruz, y simultáneamente, recordar su exigencia de seguirlo, son razones suficientes para quedarme en el país, sin mucha discusión.

Pienso que lo dicho movía la voluntad e iluminaba las decisiones y el camino a seguir. En el lenguaje de los *Ejercicios espirituales*, en ello y a través de ello, Dios estaba causando el “sin dubitar ni poder dubitar”. Pero Dios no actuaba a través de cualquier cosa, permídeseme la audacia de mi lenguaje, sino a través de realidades históricas como las que acabo de mencionar.

*Hasta el final.* Y fueron fieles hasta el final, en medio de bombas y amenazas, con misericordia consecuente. Murieron como Jesús y han engrosado la nube

de testigos, cristianos, religiosos, también algunos agnósticos, que han dado su vida por la justicia. Estos son los “mártires jesuánicos”, referente esencial para los cristianos y para cualquiera que quiera vivir humana y decentemente en nuestro mundo.

Con su martirio, esta comunidad de “seis jesuitas” se integró en una comunidad mayor, en el cuerpo de la Compañía de Jesús universal. Los jesuitas que han muerto asesinados en el tercer mundo, después de la Congregación General XXXII pasan de 60 —algunos hablan de alrededor de un centenar.

No es infrecuente recordar como *glorias de la Compañía de Jesús* las reducciones de Paraguay, Mateo Ricci en China... Hoy, estos mártires, unos más famosos, otros menos, son su gloria verdadera. No lo digo para hablar con orgullo y solemnidad de la Compañía de Jesús, sino porque ellos son los que la mantienen con vida. Una semana después del asesinato del padre Rutilio Grande, el padre Arrupe escribió a la Compañía universal:

Estos son los jesuitas que necesitan hoy el mundo y la Iglesia. Hombres impulsados por el amor de Cristo, que sirvan a sus hermanos sin distinción de raza o de clase. Hombres que sepan identificarse con los que sufren, vivir con ellos hasta dar la vida en su ayuda. Hombres valientes que sepan defender los derechos humanos, hasta el sacrificio de la vida, si fuera necesario (19 de marzo de 1977).

Los jesuitas mártires de la UCA no fueron cristianos perfectos, ni jesuitas perfectos. Pero se dejaron atraer y llevar *humana, cristiana y teologalmente* por la libertad del país.

No se me ocurre otra manera de explicar cómo fueron, en lo fundamental. Para mí, *el legado que los mártires nos dejan es su vida y muerte jesuánicas*.

*Julia Elba y Celina: pueblo crucificado.* Con los jesuitas murieron asesinadas dos mujeres: Julia Elba Ramos, 42 años, cocinera de una comunidad de jesuitas, pobre, alegre e intuitiva, y trabajadora toda su vida. Y su hija Celina, 15 años, activa, estudiante y catequista. Con su novio, habían pensado comprometerse en diciembre de 1989. Las dos mujeres se quedaron a dormir en la residencia de los jesuitas, pues allí se sentían más seguras. Pero la orden fue criminal: “no dejar testigos”. En las fotografías se observa el gesto último de Julia Elba de defender a su hija con su propio cuerpo, cuando los asesinos las encontraron en la habitación donde habían buscado seguridad.

Como Julia Elba y Celina, centenares de millones de hombres y mujeres perpetúan en nuestro mundo una historia de siglos: en la América depredada por los españoles en el siglo XVI; en la África esclavizada ya en el siglo XVI y expoliada por los europeos en el siglo XIX; en el planeta que sufre hoy la globalización opresora bajo la égida de Estados Unidos. Mueren la muerte rápida de la violencia y la represión, y la muerte lenta de la pobreza y la opresión.

Hay más riqueza en la tierra, pero hay más injusticia. África ha sido llamada “el calabozo del mundo”, una *Shoá* continental. Según la FAO, 2,500 millones de personas sobreviven con menos de dos dólares diarios y 25,000 mueren diariamente de hambre. La desertificación amenaza la vida de 1,200 millones de personas, en un centenar de países. A los emigrantes les es negada la fraternidad, el suelo bajo los pies.

Estas palabras de Pedro Casaldáliga son de 2006. Ni el G-7, ni el G-8, ni los sucesivos G- han hecho nada significativo para revertir esta historia. Recordar hoy los ideales del milenio es una burla y ofensa a los pobres.

Son “el siervo doliente de Yahvé” en nuestros días, “el pueblo crucificado”. Los cinco millones de hombres y mujeres que han muerto en el Congo, en una guerra pensada para que el coltán termine en el mundo de la abundancia, en las megaempresas de misiles, telefonía y computación. Y mueren indefensamente. ¿Quién conoce a esos pueblos? ¿Quién los defiende, quién arriesga algo importante para bajarlos de la cruz?

Puede parecer absurdo, pero me he preguntado quién es más mártir, Ellacuría o Julia Elba. ¿Quién reproduce más la cruz de Jesús? Los mártires jesuánicos expresan mejor la decisión y la libertad para arriesgar la vida y, normalmente, también evidencian más la crueldad de la muerte. Pero menos la negrura de la injusticia cotidiana, la simple dificultad de vivir y la crueldad de la impotencia. La muerte de las mayorías asesinadas, por su parte, revela menos el carácter activo de la lucha, pero más la inocencia histórica, pues nada han hecho para merecer la muerte, y la indefensión, pues no han tenido posibilidad real para evitarla. Esas mayorías son las que más cargan con un pecado que las ha ido aniquilando, poco a poco, en vida, y definitivamente, en muerte. Son las que mejor expresan el ingente sufrimiento del mundo. Sin pretenderlo y sin saberlo, “completan en su carne lo que falta a la pasión de Cristo”. Y hay que tener en cuenta lo que nos dijo un exegeta ilustrado. Aquí, “completar” no significa que “añaden” algo fundamental a la pasión de Jesús de Nazaret, sino que la “reproducen”.

Los jesuitas de la UCA no fueron asesinados por una fidelidad kantiana a ideales universales de verdad y justicia, sino por defender a estos pueblos crucificados. Y sin recordar a estos millones de crucificados, no se entiende a aquellos. Sería como querer entender la cruz de Jesús sin recordar a los pobres desgraciados a los que ayudó en su postración y a quienes defendió de fariseos, escribas, herodianos y sumos sacerdotes.

“Con unos y otros, unas y otras, mártires jesuánicos y pueblo crucificado, Dios pasó por El Salvador”. Mantener ese paso de Dios es la última verdad del legado de los mártires.

## IV

Un legado específico: una universidad de inspiración cristiana. Mi palabra final sobre el legado de los mártires se dirige ahora directamente a quienes trabajan y estudian en la UCA. Para ellos, el legado consiste en *mantener creativamente la universidad que nos dejaron*. Y si no lo tenemos muy claro, espero que nos ayuden las siguientes palabras de Ignacio Ellacuría, pronunciadas en 1981, en la Universidad de los jesuitas en Santa Clara (California, EE. UU.). Las transcribo sin ningún comentario. Son un poco largas, pero me parecen insustituibles.

El punto de arranque para nuestra concepción de lo que debe ser una universidad viene dado por una doble consideración. La primera y más evidente, que la universidad tiene que ver con la cultura, con el saber, con un determinado ejercicio de la racionalidad intelectual. La segunda, ya no tan evidente y común, que la universidad es una realidad social y una fuerza marcada históricamente por lo que es la sociedad en la que está inserta y destinada a iluminar y transformar, como fuerza social que es, esa realidad en la que vive, de la que vive y para la que debe vivir.

Nuestro análisis intelectual encuentra que nuestra realidad histórica, la realidad de El Salvador, la realidad del tercer mundo, es decir, la realidad de la mayor parte del mundo, la realidad histórica más universal, se caracteriza fundamentalmente por el predominio efectivo de la falsedad sobre la verdad, de la injusticia sobre la justicia, de la opresión sobre la libertad, de la indigencia sobre la abundancia, en definitiva, del mal sobre el bien. Inmersos en esa realidad, poseídos por ella, nos preguntamos qué hacer universitaria-mente. Y respondemos, ante todo, desde un planteamiento ético: transformarla, hacer lo posible para que el bien domine sobre el mal, la libertad sobre la opresión, la justicia sobre la injusticia, la verdad sobre la falsedad y el amor sobre el odio.

Una universidad de inspiración cristiana es aquella que enfoca toda su actividad universitaria [...] desde el horizonte iluminador de lo que significa una opción preferencial cristiana por los pobres. La universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen ciencia, la voz ilustrada de los que no tienen voz<sup>1</sup>, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón.

Nuestra universidad ha intentado modestamente ponerse en esta línea difícil y conflictiva. Ha obtenido algunos resultados a través de sus investigaciones,

---

1. Aquí resuenan palabras de Mons. Romero.

de sus publicaciones, de sus denuncias; a través, sobre todo, de unos hombres que han dejado otras alternativas más brillantes, más mundanas y más lucrativas para entregarse vocacionalmente a la liberación universitaria del pueblo salvadoreño, a través —en algunos casos— de estudiantes y profesores que han pagado muy dolorosamente, con su propia vida, con el exilio, con el ostracismo, su entrega al servicio universitario de las mayorías oprimidas.

Por esta labor hemos sido duramente perseguidos. Si nuestra universidad nada hubiera sufrido en estos años de pasión y de muerte del pueblo salvadoreño, es que no habría cumplido con su misión universitaria y, menos aún, habría hecho visible su inspiración cristiana. En un mundo donde reina la falsedad, la injusticia, la represión, una universidad que luche por la verdad, por la justicia y por la libertad no puede menos que verse perseguida.

A esa inspiración cristiana nos remiten los mártires de la UCA. Quien vive y trabaja así en ella tendrá la creatividad suficiente para reinventar qué y cómo hacer hoy la docencia, la investigación y la proyección social.

Descansen en paz, Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno, Joaquín López y López, compañeros de Jesús. Descansen en paz, Julia Elba y Celina, hijas muy queridas de Dios.

Que su paz nos transmita a los vivos la esperanza. Y que su recuerdo no nos deje descansar en paz.

Y para no olvidarme de Obdulio, esposo de Julia Elba y padre de Celina, termino con los versos de Pedro Casaldáliga:

Ya sois la verdad en cruz  
y la ciencia en profecía,  
y es total la Compañía,  
compañeros de Jesús.  
El juramento cumplido,  
la UCA y el pueblo herido  
dictan la misma lección  
desde las cátedras fosas,  
y Obdulio cuida las rosas  
de nuestra liberación.